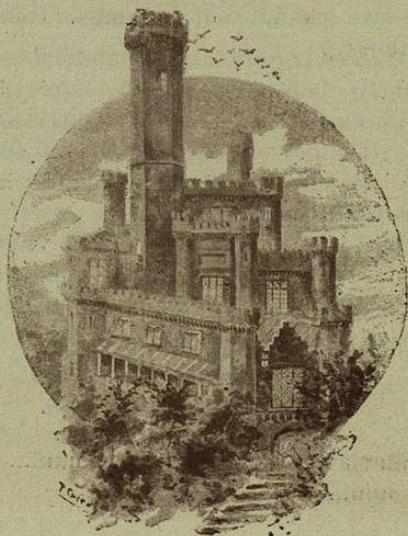


MARÍA ANTONIA (*desasiéndose y con tono resuelto*).

¡Ah seductor, que lees hasta en el fondo de mi alma y permaneces siempre ilegible para mí!... ¿Conque es verdad?... ¿Es verdad que me necesitas? ¿Que puedo servirte de algo?... Bien; estoy dispuesta á seguirte, amigo mío.



ACTO TERCERO

En casa de Vaillant.

Habitación modesta y alegre. Comedor. Puerta al foro, que da á una antesala muy clara, donde se supone que está la cocina.—Está puesta la mesa para el almuerzo de Vaillant.—Entre los dos cubiertos, un ramo.—Tetera, tazas, carne fiambre.—En las paredes grabados figurando batallas y retratos de Generales; una fila de platos y un frutero con cerezas encima de la estufa.

ESCENA PRIMERA

LIDIA

(*Es necesario que no haya ni el más remoto parecido entre la elegante muchacha del primer acto y la gentil mujercita de su casa de ahora, con su gran delantal á la inglesa, con la falda recogida y las mangas vueltas, echando agua hirviendo en la tetera.— Un campanillazo que oye la joven.*)

LIDIA

¡Ah! ¡Ya está ahí!... *(Se precipita hacia la puerta.)* No se moleste usted, señora Andrea, que voy yo... *(Al pasar por delante de la puerta que hay en la antesala.)* Pero cierre usted la cocina...

(Abre, hace entrar á un mandadero, y cierra la puerta de la antesala.)

ESCENA II

LIDIA, EL MANDADERO

LIDIA *(en voz baja)*.

¿Lo ha visto usted?

EL MOZO *(en el mismo tono)*.

Sí, señorita.

LIDIA

¿Le ha hablado usted? ¿á él mismo?

EL MOZO

A él mismo... A la puerta del Ministerio.. Esperé su coche, como me había usted dicho, y cuando se apeó, le entregué la carta.

LIDIA

¿La leyó?

EL MOZO

En seguida. *(Haciendo un gesto.)* Así.

LIDIA

¿Y la contestación?

EL MOZO

No hay contestación.

LIDIA

Bueno, gracias. *(Le paga.)* Buenos días...; deje usted... Yo cerraré.

(Vase el mozo, dejando abierta la puerta. Cuando ve que se ha marchado, Lidia vuelve á cerrar la puerta de la antesala.)

ESCENA III

LIDIA

No hay contestación... *(Se acerca lentamente á la silla que hay junto á la mesa, y se sienta.)* Tiene razón. ¿A qué había de contestarme? ¿Qué podía decirme que ya no me haya dicho? La Duquesa ha vuelto, ha ocupado el lugar que le corresponde. La cosa no puede ser más sencilla... Bastante ha sufrido la pobre mujer; ahora me toca á mí. *(Se levanta, coge las tazas, las coloca encima de la mesa y se adelanta.)* Y, sin embargo, no, no... ¡Me miró con tan buenos ojos la última vez... su despedida fué tan tierna... siento aquí algo... no, esto no ha concluído!... No he sentido en el corazón el último golpe del cual he de morir. *(Llaman á la puerta. Se enjuga los ojos y llama.)* Llaman, señora Andrea; vea usted quién es.

(Aparenta ocuparse en arreglar la mesa con mucho interés.)

UNA VOZ DE MUJER *(en la antesala).*

¿La señorita Vaillant?

LIDIA

¡Esa voz!

(Se abre la puerta de la antesala.)

ESCENA IV

LIDIA, ESTHER, UN LACAYO *(con librea muy vistosa).*

ESTHER *(de pie en la antesala, mientras su criado le quita el abrigo).*

Buenos días.

LIDIA

¡Señorita Esther!

ESTHER *(desde la antesala).*

Hubiera podido escribir á usted anunciándole mi regreso, pero eso era muy

largo. ¡Caramba con el piso! Nunca había subido tanta escalera. *(Entra.)* Démonos un abrazo. ¿Quiere usted?

LIDIA *(besándola y bajándose las mangas)*.

Perdone usted que la reciba en este traje...

ESTHER

¡Pues si está usted muy guapa!... Con el pelo alto y ese delantal á rayas... parece usted la heroína de una novela inglesa.

LIDIA

Tengo por fuerza que ayudar un poco al arreglo de la casa; no tenemos más que una criada vieja, muy torpe y casi sorda...

ESTHER *(señalando al lacayo, que ha quedado en la antesala)*.

Paskewitch le ha dado un susto al entrar, y la pobre se ha escapado á la co-

cina. ¿Para quién es ese cubierto y ese ramito que hay en la mesa? ¿Esperaba usted al novio?

LIDIA

¡Oh! ¡El novio!...

ESTHER

Sí, ya sé que es usted tan fría como si la hubieran hecho de hielo; pero mucho cuidado, porque si viene el deshielo...

LIDIA *(con una sonrisa de turbación)*.

No espero más que á mi padre. Es su hora.

ESTHER

Celebraría conocer al Sr. Vaillant. ¿Ha sido militar? *(Señalando á las paredes.)* ¡Veo ahí todas sus batallas... sus hechos de armas!

LIDIA

No, mi padre no ha servido. Pero tiene el alma de militar, de un héroe; es el honor, la abnegación, la disciplina personificados. Pero no pudo seguir su vocación, como le ocurre á otros muchos. Se consuela mirando esas imágenes. Eso no siempre le sirve para alegrarlo. Desde hace algún tiempo, sobre todo, el pobre está muy pensativo, muy triste. ¿Qué quiere usted? Siempre ese desacuerdo entre la ilusión y la realidad, entre lo que se tiene y lo que se desea, el cual, á la larga, acaba por quitar el valor de vivir.

ESTHER

¡Oh! Para mí el ensueño y la acción han sido siempre uno en mi vida. He realizado cuanto he querido, por lo menos hasta ahora. (*Mirando al aparador.*) Me están dando tentaciones esas cerezas: ¿puedo coger algunas?

LIDIA

¡Ya lo creo!

ESTHER (*comiendo cerezas y pastando*).

¡Ah! No sé qué me pasa hoy, que no puedo estarme quieta en ninguna parte. ¡Estoy tan nerviosa!...

LIDIA (*afectuosamente*).

¿Qué es ello?

ESTHER (*con alegría*).

Nada, que estoy loca, ni más ni menos. ¡Oh! No loca de atar, no para que me lleven á un manicomio, sino caprichosa, exaltada. A usted le asombra esto... ¡Como es tan pacífica, tan calmosa!

LIDIA

¿Tiene usted alguna pena? Dígamelo...

ESTHER (*después de una pausa*).

No comprendería usted mis penas... Además, que más bien es rabia que otra cosa.

LIDIA

Pues enfádese usted, regañe...

ESTHER

Estoy demasiado sola en París... No tengo nadie á quien confiarme.

LIDIA

¿Y la Generala?

ESTHER

La Generala me quiere mucho; pero no hay quien la saque de su urna funeraria y de sus cenizas de grande hombre. En realidad no tengo más que una amiga, muy querida (*cogiéndole la mano*),

una amiga en quien se puede fiar, leal, cariñosa; pero tan reservada, tan juiciosa, que...

LIDIA

¡Es que lo parezco!

ESTHER

Que siempre teme una espantarla.

LIDIA (*sonriendo*).

Y entonces... ¿ese joven?

ESTHER

¿Qué joven?

LIDIA

Hace poco que me dijo usted que tenía un vivísimo sentimiento por alguien.

ESTHER

Vivísimo, efectivamente.

LIDIA (*sonriendo*).

Sospecho quién es él... porque lo he encontrado á menudo en casa de ustedes.

ESTHER

¡En casa!... No va nunca.

LIDIA

¿No es el conde de Adriani?

ESTHER

¡Vamos!... ¡ese fantochel... enamorada yo de ese... (*imitando la voz del Guardia noble*) ¡Cristo! ¡qué bella es!... Gracias, hija mía. El que yo he elegido, el que quiero por amo, es un amo verdadero, uno de esos jóvenes intrépidos, de mirada dura, á quien todas las mujeres



Acto III. Escena I.

halagan y ante el cual todos los hombres bajan la cabeza... ¡Lo que seríamos capaces de hacer los dos juntos!... Desgraciadamente no es libre.

LIDIA

¿Algunos amores?

ESTHER

¡Oh! Eso no sería nada; está casado; triste casamiento de todas suertes... estaban á punto de divorciarse hace poco; pero luego no sé qué manejos habrán empleado ni qué habrá sucedido; el caso es que se han reconciliado y viven juntos otra vez... ¡Oh! ¡Los franceses son ligeros como la paja! He sabido todo esto casualmente por un periódico, en el cual, dirigiéndose á mí, ha dicho: «Tenemos que estar algún tiempo sin vernos; paciencia y confianza.» Ni una palabra más. ¡Cuánto he llorado de rabia!

LIDIA

¿A qué llorar? Paciencia y confianza; todo el amor se resume en esas dos palabras.

ESTHER

Yo no sé esperar.

LIDIA

Porque no sabe usted amar.

ESTHER

Sin embargo, le amo y no quiero á nadie más que á él. ¡Es tan guapo... tan correcto!... Y lo quiero más todavía, porque por él he conocido á usted.

LIDIA (*espantada*).

¡Cómo! ¿Entonces es...?

ESTHER

Pablo Astier, el Subsecretario. Ya recordará usted que una noche, en la Embajada, cuando la Generala preguntaba de quién podría echar mano para traducir las *Memorias*...

LIDIA

Sí, sí, recuerdo... Y él ¿la ama á usted también? ¿Se lo ha dicho con frecuencia?

ESTHER (*riendo*).

¡Oh! con mucha frecuencia.

LIDIA

¿Pero en dónde?... puesto que no iba á su casa de usted ni usted á la suya, supongo yo.

ESTHER

¡Ah! no, no faltaba más. Vivía separa-

do de su mujer, pero siempre vigilado por ella... La mujer es muy mala... tiene un carácter odioso... se empeña en no divorciarse sólo para que no podamos casarnos... Tuvimos que disimular, que ocultarnos; nos veíamos en el teatro algunas veces, en paseo todas las mañanas... Es delicioso hacerse el amor á caballo... ¿Le gusta á usted eso, chiquilla?

LIDIA

No lo sé.

ESTHER

Es verdad. ¡Qué tonta soy!

LIDIA

De modo que la Duquesa... es decir, la señora de Astier, ¿no sospecha nada?

ESTHER

A lo menos no sospechaba cuando yo emprendí mi viaje... Figúrese usted que,

para despistar mejor á los que nos espían, Pablo había simulado una intriga, una aventura de amor de la que hacía alarde en todas partes, con una muchacha de esas... con quienes uno no se casa... ¿Me entiende usted?

LIDIA

Con quienes uno no se casa... Ya entiendo. (*Cogiéndola nerviosamente las manos.*) Y usted, Esther, ¿está segura de que se casará con usted si llega á obtener el divorcio?

ESTHER (*con candor*).

Por fuerza tendrá que casarse conmigo para poseerme.

LIDIA

Es verdad.

ESTHER

Ahora tal vez su mujer haya concebi-

do sospechas, tal vez haya averiguado lo que ocultaba esa intriga... El caso es que no quiere divorciarse. ¡Oh! pero yo no me doy por vencida... soy muy batalladora. Además, tengo muchos más elementos que ella para la lucha. Soy joven y rica, cosas que ya no es su mujer.

LIDIA (*apoyándose en los muebles para no caer*).

Es verdad; no se puede luchar con una rival como usted.

ESCENA V

DICHOS, VAILLANT.

VAILLANT *entra con las cejas fruncidas, mirando hacia atrás desconfiadamente al lacayo, que está en la antesala.*

(*Entre dientes*). ¿Qué diablos hará aquí ese jastial?

LIDIA

Mi padre... (*A Vaillant.*) La señorita Esther de Sélény.

VAILLANT (*estupefacto y haciendo que se note en su sombrío semblante la alegría que va experimentando poco a poco*).

¡Cómo! ¿Era verdad?

(*Se descubre.*)

ESTHER (*alargándole la mano*).

Buenos días, señor Vaillant... (*Riendo y mirando á la antesala.*) Ese lacayo mío es un gigante, ¿no es verdad?

VAILLANT (*estrechándole la mano*).

¡Conque es usted... usted! ¡Oh, señorita!

ESTHER

Lo traigo para tranquilidad de mi tía Catalina, porque la pobre tiene un miedo muy grande á este dichoso París.

VAILLANT

¡Ah, sí! Su señora tía de usted... Pero ¡qué feliz soy! No puede usted figurarse la alegría, la embriaguez... Vamos, déjeme usted que la mire otra vez.

ESTHER

¿Me encuentra usted parecida? ¿Soy lo que Lidia le había dicho á usted de mí?

(Mira á Lidia, que permanece inmóvil y abstraída.)

VAILLANT

Sí, pero aún me parece usted mejor... Nunca cree uno que las cosas son como se las pintan.

ESTHER

Sabe usted que vengo á quitarle á usted á Lidia otra vez. Desde mañana vamos á seguir la traducción de las *Memorias*. *(A Lidia.)* Es muy fastidioso, ¿verdad, amiga mía, el gran patriota?

VAILLANT *(con inquietud)*.

¡Ah! ¡El gran patriota! ¿Está con ustedes?

ESTHER

¡Ya lo creo! No nos abandona ni un minuto... No se ha visto nunca un difunto tan... ¿cómo dicen ustedes aquí?... tan pegajoso.

VAILLANT *(riendo con toda su alma)*.

Es verdad que está muerto; ya no me acordaba.

ESTHER

Está más vivo que nunca. En la antesala se ve su sombrero, sus guantes, su bastón como si estuviese en casa y fuera á salir de un momento á otro...; en la mesa ponen su cubierto por la mañana y por la noche. Ya supondrá usted lo alegre que es ver siempre desocupado aquel sitio y lo contenta que me pongo cuando nuestra querida Lidia se queda á comer con nosotras. Luego, en toda la casa, bustos, retratos, reliquias suyas, y esto lo mismo en París que en Viena... porque viajamos con todo el material.

VAILLANT (*muy alegre*).

¡Qué mala es!

ESTHER

Por supuesto que, en el fondo, mi tía no ha sido nunca tan feliz como desde que está viuda. Si la oyera usted algunas veces, cuando estamos solas, ¡qué alegrías!

parece una chiquilla... ¡qué expansión! ¡qué buen humor!... Pero para el público es la viuda de un grande hombre, y, sobre todo, la prisionera de sus propias demostraciones de duelo. Siempre está diciendo á los criados: «Quite usted el sombrero del difunto de la antesala;» ó «el difunto señor General no almuerza hoy en casa.»

VAILLANT (*riendo*).

En efecto, tiene gracia...; pero ahora que caigo, señorita, usted no tiene los mismos motivos de tristeza que la señora Generala... ¿Por qué no se queda usted á almorzar aquí con estos buenos amigos? A la pata llana.

LIDIA (*un tanto confusa*).

¡Padre!...

ESTHER (*sonriendo*).

Gracias, Sr. Vaillant. Tendría mucho gusto en ello; pero piense usted que mi

pobre tía está sola con su héroe... No, no, me voy; hasta mañana, querida; el coche vendrá temprano á buscar á usted...

VAILLANT (*acompañándola*).

No he visto abajo su coche de usted...
¿Ha venido usted á pie?

ESTHER

Sí; y me gusta mucho. Ahora vuelvo lo mismo. He armado una revolución en esta calle del Temple... (*Al lacayo.*) Pas-kewitch, mi abrigo. (*De pie en la puerta de la antesala, mirándolos mientras le ponen su abrigo.*) ¡Es igual! me alegro haber venido; esos dos cubiertos, esa mesita, Lidia con su gran delantal, es un París que nosotros los extranjeros no sospechábamos siquiera, y del cual no nos hablan jamás los escritores. ¡Adiós! (*Váse. Vaillant le acompaña hasta la puerta.*) Hasta más ver, Sr. Vaillant.

LIDIA (*que continúa inmóvil, á media voz.*)

Esta vez sí que he recibido la puñalada: una puñalada en mitad del corazón.

ESCENA VI

VAILLANT, LIDIA

VAILLANT (*mirándola un momento, enternecido*).

¡Lidia!

LIDIA (*como quien sale de un sueño*).

¡Padre!

VAILLANT (*abriendo los brazos para abrazarla*).

Abrázame; abraza fuerte á este viejo loco. (*La estrecha contra su pecho.*) ¡Oh! ¡Haber sospechado de ti, de ti que eres tan buena, tan sencilla... como si no te conociese... como si no estuvieses muy por encima de todas esas cosas!